

Juan Bosch, escritor del Caribe

Miguel Cossío Woodward

Juan Bosch fue una de esas ricas y complejas personalidades que se dan en el Caribe, para asombro de quienes sólo ven en las islas la imagen superficial de palmeras y playas, y para legítimo orgullo de sus pobladores que pueden exhibir, como en pocas regiones, los nombres paradigmáticos de un José Martí o un Eugenio María de Hostos al frente de una pléyade de ideólogos, revolucionarios, intelectuales y artistas de rango universal. Entre ellos figura, por derecho propio, este noble caribeño, sólido y frondoso como la ceiba sagrada, para nosotros símbolo de la unión profunda entre la tierra y el cielo, la realidad y la esperanza, la acción por la existencia y la infatigable batalla por el derecho a la imaginación. Porque Juan Bosch fue escritor y político. Quiso, como Rimbaud, cambiar la vida; soñó, siguiendo a Marx, con transformar el mundo. Le llamaron *Profesor*, pero su principal enseñanza no estuvo en las aulas, sino en el inmenso salón de nuestra América. Narrador, ensayista, educador, orador, historiador, sociólogo, político, estadista, hombre de su tiempo y su geografía humana, nació en Santo Domingo, por donde empezó el Nuevo Mundo, y en sus esencias halló la fuente nutricia de su obra literaria. Se opuso al *Chivo*, al Trujillo de siniestros entorchados, quien lo persiguió por encarnar a la conciencia verdadera de un pueblo entero. Vivió Bosch veintitrés años en el exilio, pero a todas partes llevó la valija de su patria perfumada, y con el rumbo itinerante de su pluma trazó la huella del Caribe mestizo de culturas, caldera de utopías. Dejó la inmensa huella de la vida y la obra irrenunciablemente comprometidas con el destino de este archipiélago de luces y sombras por donde cruzan los terribles huracanes y nace con la aurora el arcoiris.

Largo tiempo residió en Cuba este dominicano, siguiendo una hermosa tradición que hermana nuestras islas y territorios, de modo que en ellos nunca se es extranjero, ni por el habla, costumbres, tambores, paisajes e ilusiones; que todos somos los mismos, hijos de españoles, de negros y mulatos, finalmente de Adán con algún trago de ron. A Cuba emigraron los padres de José María Heredia, el gran poeta romántico del siglo XIX, quien a su vez se exilió y murió aquí en México. En Cuba alcanzó la gloria militar el gran Máximo Gómez, jefe del Ejército Libertador, de quien el propio Bosch escribió una biografía. Estuvieron también los Henríquez Ureña, de fundamental magisterio, uno de los cuales, Pedro Henríquez Ureña, fue también figura clave aquí en México, en el Ateneo de la

Juventud, a comienzos del siglo XX. Y en Cuba escribió Bosch muchos de sus cuentos excepcionales, dejando con su obra un modelo de intelectual comprometido no sólo con los temas y problemas sociales, sino también con el rigor y la maestría artística. No le conocí entonces, porque a partir de los años sesenta el Maestro regresó a Santo Domingo y se dedicó en cuerpo y alma a la política. Pero tiempo después, sus *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, publicados en Caracas en 1958, se convirtieron en biblia y fuente de inspiración para mi generación de incipientes escritores, un texto que espero lo siga siendo para todo latinoamericano urgido por la dulce angustia de escribir y que, como Vallejo, lo quiere hacer pero le sale espuma.

La obra literaria de Juan Bosch abarca un amplio espectro de géneros y temas. Según el crítico Eugenio García Cuevas, se puede clasificar en ocho grandes grupos, a saber:

1. Obras de ficción: poemas, cuentos y novelas;
2. Estudios sociohistóricos, ensayos sociológicos, históricos y económicos;
3. Biografías: Eugenio María de Hostos, Simón Bolívar, Máximo Gómez, etcétera;
4. Ensayos políticos y teóricos: escritos sobre teoría y práctica política;
5. Testimonios y crónicas: notas sobre viajes y vivencias personales;
6. Propaganda política: escritos con fines proselitistas;
7. Escritos coyunturales: artículos aparecidos en periódicos y revistas, principalmente, donde polemiza u opina sobre acontecimientos inmediatos, y
8. Obras teológicas: escritos sobre personajes bíblicos como Judas y David.

Por lo que se refiere a sus obras de ficción, se le considera un verdadero maestro del cuento latinoamericano, especialmente del tema rural. Uno de los autores que en el pasado siglo transitaron del realismo y el criollismo –junto a figuras como Rómulo Gallegos y José Eustasio Rivera– a la prefiguración del realismo mágico, vinculado a los nombres de Miguel Ángel Asturias y Arturo Uslar Pietri. En mi opinión, la cuentística de Bosch desarrolla y enclava certeramente en la realidad caribeña los recursos y mecanismos estilísticos empleados por Horacio Quiroga, cuya red de relaciones podemos extender a Guy de Maupassant, Antón Chéjov y, antes, a Edgar Allan Poe. Hay en el dominicano una técnica similarmente depurada, una extraordinaria economía de medios y una cuidadosa armazón del artefacto literario, a lo que agrega la particular ambientación del paisaje, las formas específicas del habla popular y una aguda percepción de la tragedia humana y los problemas sociales. La editorial Alfaguara publicó el año pasado los *Cuentos más que completos* de Bosch, como sigue:

Cuentos escritos antes del exilio

Bajo este rubro aparecen veinticuatro textos, comenzando por el titulado "La mujer", referencia obligada en cualquier antología del cuento latinoamericano, y terminando por el también muy conocido "Camino Real".

Cuentos escritos en el exilio

Aquí se agrupan doce textos, entre ellos el de "Luis Pie", con el que se hizo acreedor al prestigioso Premio Alfonso Hernández Catá, en Cuba. También están "La Nochebuena de Encarnación Mendoza", "La mancha indeleble" y "Cuento de Navidad", entre otros.

Más cuentos escritos en el exilio

En este grupo figuran quince cuentos de diversa factura y extensión como "El difunto estaba vivo" y "La muchacha de la Guaira".

Más cuentos todavía

Se trata de cinco textos que parecen escapar a los agrupamientos anteriores por tratar temas y desarrollarse en locaciones diferentes a las habituales en el autor, por ejemplo: "Una jibara en New York" y "El cabo de la Legión".

Como se observa, la obra cuentística de Bosch ronda aproximadamente las seis decenas de textos, representativos de un ejercicio permanente durante muchísimos años que no ha dejado de ponderar la crítica especializada. Para Enrique Anderson Imbert, por ejemplo, los mayores méritos de Bosch están precisamente en su cuentística, y señala: "Narra con preferencia la vida sencilla del campesino antillano. Recoge con veracidad el lenguaje popular, pero interpreta sus temas con la ternura y el humor irónico de un observador que se ha puesto a distancia de la realidad para poder verla con ojos de artista" (1968:238). Bosch también publicó dos novelas, *La mañosa* y *El oro y la paz*, que han sido objeto de estudio y polémica frecuente, tanto en Santo Domingo como en otros países.

Pero, ¿qué se propone el autor con esta amplia producción narrativa? ¿Cuál es, en última instancia su *poética*, su visión artística? Lo primero que salta a la vista es que, no obstante todo el trasfondo social antes señalado, esos cuentos no son panfletarios. El Bosch escritor no es un servil portavoz del político, aunque no hay ruptura epistemológica entre uno y otro, sino armónica complementación. El artista crea su obra desde su única cosmovisión, pero lo hace *como artista*. Creo que ésta es una de las lecciones fundamentales que nos ha dejado Juan Bosch. El hombre comprometido absolutamente con los ideales libertarios y la justicia social supo siempre que la literatura no es propaganda, sino arte; que el cuento no es un manifiesto, sino una manifestación del espíritu. En literatura se puede y se debe hablar de la pobreza, pero no se vale ser pobre de estilo. La narración tiene que penetrar en el sufrimiento humano, pero hasta el dolor debe ser bello e interesante. No hay tema, probablemente, más desgarrador, ni que lastime más la sensibilidad que el abuso, la injusticia, las condiciones infrahumanas en que viven los olvidados de siempre. Y, sin embargo, la literatura no es la simple descripción de una golpiza, por cruel que resulte, sino el golpe abrumador de las palabras sobre el alma y la inteligencia del lector. Toda la obra de Bosch

denuncia cuando enuncia, demuestra cuando muestra, fustiga al poderoso, critica al sistema, ataca la inequidad, mientras describe los sentimientos de los humildes exhibe sus condiciones de vida, recrea el micromundo insertado en la absurda realidad circunstancial. Su técnica es como una placa fotográfica, cuya inversión permite justamente revelar el retrato de la vida entera.

Apoyado en una excelente realización estética, el autor dominicano penetra en las profundidades del ser humano, sometido a la doble angustia de existir, vagar por la tierra sin saber por qué vinimos, ni hacia dónde vamos, como dijo Rubén Darío, y al mismo tiempo de ser explotado, vejado y aplastado por otro individuo, por la sociedad. Habría, además, una tercera cadena de filosas espinas, atada al cuello del Otro, es decir el indio, el negro, la mujer, el indefenso. Así lo vio Bosch en un cuento brevísimo y terrible que, como indiqué anteriormente, es parte obligada en cualquier antología latinoamericana. Me refiero a "La mujer", un texto sobrecogedor en el que una mujer es brutalmente golpeada por su marido debido a que no vendió un poco de leche y prefirió dársela al pequeño hijo de los dos. La solución es rápida, dura, sin mayor explicación, de modo que el lector siente a fondo la enormidad de la tragedia que viven esos personajes. Para el crítico norteamericano Seymour Menton, "La mujer" es "una sinfonía audiovisual del trópico... En esta composición musical se funden los personajes con el escenario. Ellos se deshumanizan mientras la naturaleza y la carretera adquieren rasgos humanos" (1999:289-290). Menton agrega, además, que en la construcción artística se observa la herencia modernista de Bosch y señala cierta influencia del surrealismo. Más allá de estas observaciones, me gustaría destacar que este cuento se incluyó en su libro *Camino real*, que data de 1933, y es uno de los primeros textos que he encontrado en la literatura latinoamericana donde de manera directa se cuenta el maltrato físico y la abnegación de una pobre mujer, con una excepcional maestría artística.

El cuento "Luis Pie" es otra muestra de excelencia y profundidad en el tratamiento de temas sociales, desde el punto de vista de un personaje en una situación extrema. El haitiano Luis Pie examina la herida que tiene en un pie, causa de su malestar, fiebre y, decimos nosotros, acaso gangrena. El planteamiento recuerda claramente el célebre cuento de Quiroga "El hombre muerto". Pero aquí la situación es más compleja. Luis Pie es, en todos los aspectos, el Otro: negro, haitiano, miserable, no sabe siquiera hablar español; herido, está en un cañaveral por el que pasa en su automóvil el dueño de las plantaciones, sin verlo ni oír su lamento. El poderoso lanza un fósforo al azar, se produce un incendio y el haitiano es perseguido, acusado de provocar el fuego, hasta ser sometido a una brutal golpiza. Todo Quiroga parece estar ahí; por ejemplo, la desventura del personaje en "A la deriva", texto que Bosch pone de modelo en su ensayo sobre el arte de escribir cuentos. Y, sin embargo, "Luis Pie" es radicalmente distinto. El haitiano de Bosch ya no tiene, como los personajes del autor uruguayo, un dilema existencial; no reflexiona sobre su vida, ni se preocupa por la muerte. El antillano está muchos peldaños por debajo de tan grande interrogación filosófica. No es siquiera un hombre, no puede comunicarse. Es casi un animal de trabajo

cuya única inquietud es la salud de sus pequeños vástagos. Y aquí, vuelvo a insistir, no hay ningún discurso, no se presentan juicios de valor, no se propone directamente reivindicar al esclavo, destruir de un hachazo el cruel sistema social. El arte lo dice todo. La literatura clava el aguijón en el lector y así, mientras leemos, un murmullo de aguas negras asoma por detrás de las tersas y concisas páginas.

Para cerrar este breve comentario, debo referirme a otro de los cuentos sobresalientes del autor dominicano: "La mancha indeleble", un texto escrito en el exilio, cargado de matices surrealistas pero de una enorme significación simbólica. Como en un sueño, un hombre entra a una habitación donde hay vitrinas repletas de cabezas. Una voz le dice que entregue él su cabeza y le da instrucciones acerca de cómo quitársela. El hombre reclama. No puede quitarse la cabeza así como así: "... ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos. Es el resumen de mi propia vida. Además, si me quedo sin ella, ¿con qué voy a pensar?" (2000: 238). No le hace falta, le contestan. Aquí no tiene que pensar. De algún modo, el hombre logra escapar y se esconde. Un día escucha un fragmento de conversación en un café, alguien se queja de su huida "después que ya estaba inscrito". El personaje siente miedo y la historia concluye de este modo: "Pues en verdad ignoro si los dos hombres eran miembros o eran enemigos del Partido" (239). Con sólo esas dos líneas Bosch logra retratar una dramática situación que podría aplicarse igualmente a la época del estalinismo o al fundamentalismo de los talibanes. En ambos casos, el individuo no necesita la cabeza, no tiene que pensar. Debe renunciar al más preciado don: la libertad; a su verdadera condición de ser pensante, capaz de discernir, recordar, amar, equivocarse, volver a empezar.

Con estos tres ejemplos, tomados de distintas épocas, quiero subrayar la importancia de Juan Bosch para la literatura del Caribe y, más aún, de toda la región latinoamericana. Quienes bebimos o se acerquen ahora, con devoción y humildad, a los *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, recordaremos siempre estas frases de fuego con que seguiremos aprendiendo de su alto magisterio:

Escribir cuentos es una tarea seria y además hermosa. Arte difícil, tiene el premio en su propia realización. Hay mucho que decir sobre él. Pero lo más importante es esto: el que nace con la vocación de cuentista trae al mundo un don que está en la obligación de poner al servicio de la sociedad. La única manera de cumplir con esa obligación es desarrollando sus dotes naturales, y para lograrlo tiene que aprender todo lo relativo a su oficio; qué es un cuento y qué debe hacer para escribir buenos cuentos.

Así lo practicó ese hombre de la isla verde, la inmortal Quisqueya bajo el azul del cielo, donde se establecieron por primera vez los españoles al comienzo de la traumática conquista de América. Sobre eso también escribió Juan Bosch quien, entre otros ensayos, nos dejó su ya indispensable *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Por ese Caribe suyo, de todos nosotros, escribió, luchó, padeció la errancia del exilio, emprendió con nuevos bríos sus

proyectos políticos y sociales, retornó a la trinchera, y finalmente, entregó su vida hace unos meses. Todo él fue congruencia, ejemplo, iluminación. Murió a los 92 años y hoy más que nunca podríamos repetir los versos de su coterráneo Manuel del Cabral:

¡No cabe en la muerte un hombre!
Hay muertos que van subiendo
Cuánto más su ataúd baja...

Va subiendo el escritor, ascendiendo al lugar que siempre mereció y hoy queremos reconocer aquí. Su obra nos acompaña. Ahora nos toca escribir a nosotros, sobre el Mar de las Antillas, la página nueva de fragante espuma.

Referencias

- Anderson Imbert, E. (1968), *Literatura Hispanoamericana (II)*, La Habana, Ediciones R.
- Bosch, Juan (2000), *Cuentos más que completos*, México, Alfaguara.
- (1981), *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, La Habana, Casa de las Américas.
- Burgos, Fernando (1991), *Antología del cuento hispanoamericano*, México, Editorial Porrúa, S. A.
- Cabral, Manuel del (1998), "Aire durando", en Francisco Montes de Oca (antologador), *Poesía Hispanoamericana*, México, Editorial Porrúa.
- Menton, Seymour (1999), *El cuento hispanoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica.